



Yale University Library Digital Collections

Title	Gaspar Sabater. "Glosas Profanas. Marinetti, o la fogosidad." No source, no date. [9300-1]
Rights	The use of this image may be subject to the copyright law of the United States (Title 17, United States Code) or to site license or other rights management terms and conditions. The person using the image is liable for any infringement
Container information	Box 117 Slide: 40
Generated	2021-02-27 05:42:16 UTC
Terms of Use	https://guides.library.yale.edu/about/policies/access
View in DL	https://collections.library.yale.edu/catalog/10664156

Marinetti, o la fogosidad

Por GASPAR SABATER

Muchos son los que ya no se acuerdan de Marinetti, de aquel Marinetti que asombró a unos — los amantes de lo nuevo, de lo no trillado — por su audacia, y a otros — los anquilosados de todos los tiempos — por su icoclasticismo. Y es triste el que se olviden las cosas tan fácilmente. Que si debemos tener presente lo bueno para tomarlo como modelo, es lógico que tengamos también lo malo aun que sólo sea para prevenirnos contra él. Sin que eso — intentamos únicamente puntualizar — quiera decir que encontremos mala la obra de Marinetti. Censurable sí, que es cosa muy distinta.

Con todos sus defectos, tiene indudablemente Marinetti grandes aciertos. El más importante, es sin disputa alguna el de haber dado una sacudida enérgica al marasmo literario de su época. El de haber cambiado radicalmente la temática literaria de su tiempo, trazándole nuevos cauces — abriéndole nuevos horizontes. De todos conocido es el marco en que se desenvolvía la literatura de aquella época producto del frío y académico decadentismo francés, resabio aún del no menos llorón y melancólico romanticismo. La luna que a duras penas se abre paso por entre las nubes que pretenden ocultarla, el manso y callado arroyuelo que plane lastimosamente una melodía truncada, el ambiente sepulcral de un viejo cementerio abandonado, el amor no correspondido, los celos, y otras insulceses, eran los temas preferidos por los poetas y novelistas de aquel entonces. La cantinela había llegado a hacerse pesadra, repiqueteando con machacona insistencia en los oídos de los lectores, al extremo de hacerlos insensibles ante lo que pretendían presentarles para conmovierlos. Era necesario cambiar de tono, de ambiente, de temática. Y surgió Marinetti.

El «Manifiesto del Futurismo» marca el momento de ese cambio. Marinetti, ayudado de Pietro Lucini, Paolo Buzzi y Enrico Cavachioli — jóvenes poetas como él, animados de un gran espíritu renovador y entusiasta — emprendió la tarea de cambiar por completo la corriente literaria de su tiempo y sentar los principios del futurismo. Corría la primera década de nuestro siglo. Agrupados en torno a la revista «Poesía», de Milán, — de la cual era Director Marinetti — empezó este movimiento juvenil, animado de los mejores propósitos. Renovarse y ponerse a tono con el espíritu de la época, era su lema. El amor al peligro, la audacia, la temeridad, la energía y la rebelión son — al decir de Marinetti — los elementos esenciales de la poesía futurista. Porque — y seguimos en ello su pensamiento — no hay belleza sino en la lucha: «La poesía — dice el punto 7 del Manifiesto — debe ser concebida como un asalto contra las fuerzas ignotas, para reducirlas a postrarse delante del hombre.»

Hasta aquí el punto central de esa nueva escuela que consiguió remozar el ambiente literario nauseabundo y ya en descomposición. Por eso sólo, merece el aplauso la labor de Marinetti. Pero Marinetti hizo más. Una vez dejado llevar de ese impulso un tanto febril con demasiada violencia, cae en la parte contraria: en la estridencia, en el iconoclasticismo. «Queremos destruir los museos, las bibliotecas, las academias de toda especie y combatir contra el moralismo, el feminismo y contra toda la vileza oportunista y utilitaria», dice más adelante — punto 10 — ya en el paroxismo de esa febrilidad. Y en eso, — huelga el decirlo — ya no estamos de acuerdo. Bien está y es de aplaudir, el que se substituya la inmovilidad pensativa por el movimiento agresivo, el éxtasis por el insomnio febril, el reposo por la carrera, la velocidad, el dinamismo. Pero de eso a querer quemar los archivos, las bibliotecas, y destruir los museos, va un paso que no nos atrevemos nosotros a dar, ni recomendamos a nadie que lo haga. Que es mucho el esfuerzo realizado por las generaciones que nos han precedido, y mucho más el bagaje espiritual que nos han legado, para que nosotros en un momento de exaltación pretendamos destruirlo.

Marinetti, en conjunto, se nos presenta como un gran poeta que tuvo la valentía de rebelarse contra un mundo decrepito y decadente que necesitaba de esa rebelión, al propio tiempo que sentirse solidario de su época e interpretar sus latidos. Pero — siempre debe haber un pero, una objeción — fué un poeta demasiado ardiente, demasiado fogoso. Y en ello estriba precisamente, al par que su valor, la censura de que ha sido objeto.